

## ÉTICA BRUTA: LAS CRÓNICAS DE PEDRO LEMEBEL<sup>1</sup>

### *ÉTICA BRUTA: PEDRO LEMEBEL'S CHRONICLES*

José Antonio Paniagua García  
Universidad de Salamanca  
jantopagar@usal.es

#### RESUMEN

Este artículo de investigación analiza algunas crónicas del autor chileno Pedro Lemebel con el propósito de demostrar, a partir de sus características temáticas y estéticas (en especial, la memoria, la experiencia, el melodrama y la indistinción entre lo real y lo imaginario), la articulación de un proyecto de resistencia y enfrentamiento del pasado y el presente inmediato (simbolizados por una clase diferente de memoria y experiencia) que he denominado “ética bruta” y cuya fundamentación se encuentra en la especial atención que el escritor brinda al “retorno de lo sensible” (Maffesoli) como respuesta comunitaria a la pregunta por el modo de organizarse colectivamente ante la debilidad de los vínculos sociales.

PALABRAS CLAVE: Pedro Lemebel, Memoria, Ética.

#### ABSTRACT

This research paper analyzes some chronicles written by the Chilean author Pedro Lemebel in order to demonstrate, from some thematic and aesthetic characteristics (especially, memory, experience, melodrama

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado el amparo de un contrato de investigación predoctoral de la Junta de Castilla y León, a través de la Consejería de Educación, en cofinanciación con el Fondo Social Europeo (Programa Operativo de Castilla y León) y forma parte de las actividades del Grupo de Investigación Reconocido “Estética y Teoría de las Artes” (GESTA) del Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca y del proyecto de investigación “Exocanónicos: márgenes y descentramiento en la literatura en español del siglo XXI” (PID2019-104957GA-I00) financiado por el Programa Estatal de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico del Sistema de I+D+i del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

and the confusion between real and imaginary), the articulation of a collective project of resistance and confrontation with the past and the immediate present (symbolized by another kind of memory and experience). I have called this project “ética bruta” and I will defend that this depends on the special attention that the writer pays to the “sensitive logic” (Maffesoli) as a response to the question about how people could organize themselves in the face of the weakness of social ties.

KEY WORDS: *Pedro Lemebel, Memory, Ethics.*

*Recibido: 7 de agosto 2020.*

*Aceptado: 23 marzo 2022.*

## PEDRO LEMEBEL: TRANSICIÓN, NARRACIÓN, EXPERIENCIA

La crítica literaria contemporánea ha reconocido con singular entusiasmo en las crónicas de Pedro Lemebel (1952-2015) la deuda que la memoria adquiere con las prácticas y discursos de resistencia a la dictadura militar y el gobierno neoliberal chilenos, fundamentalmente en lo que concierne a las continuidades entre ambos periodos de la historia reciente del país<sup>2</sup>. En sus textos, “el cronista se convierte en portavoz de las memorias subterráneas marginadas y acalladas, configurando el espacio de enunciación como lugar de memoria que se enfrenta al olvido imperante en el Chile actual” (Vergini 124). Para ilustrar esta afirmación, podrían citarse otros muchos ejemplos, pero, quizás, por la sencillez y eficacia de su planteamiento, la crónica “Volar en el ala derecha”, publicada en el volumen *Adiós mariquita linda* (2004), ocupe un sitio preferencial.

A grandes rasgos, el relato cuenta la historia de una mujer, conocida por sus buenas relaciones con la élite política pinochetista, quien, cansada de esperar un vuelo con retraso, decide colocarse en la fila delante del protagonista, que esperaba su turno. Enojado por su soberbia, este último decide increparla, momento en el que ella llama al diputado Melero, que se presenta allí de forma inmediata con unos guardias que ponen a salvo a la mujer y amenazan al hombre. En estas circunstancias, Lemebel escribe en franco pacto autoficcional:

---

<sup>2</sup> La investigadora Andrea Ostrov sintetiza agudamente: “La escandalosa persistencia de la complicidad entre instituciones y verdugos después de haber transcurrido [...] años desde la recuperación democrática; el papel lamentable y vergonzoso desempeñado por la Corte Suprema de Justicia en relación con los crímenes de lesa humanidad y, fundamentalmente, la reconciliación forzada que se pretendió instalar echando un manto de olvido sobre las atrocidades impunes, plantean el ejercicio de la memoria como un imperativo categórico. Allí se inscriben la escritura y la lectura de estas crónicas” (140).

Nunca después de la dictadura me sentí tan desprotegido como en esa ocasión. Nunca más volví a sentir el terror amargo que se experimentaba cuando ellos tenían el poder, cuando a uno le podía pasar lo peor y nadie sabía, o a nadie le importaba, como en ese momento, porque todo había ocurrido frente a la mirada impávida de los guardias y de los pasajeros que se quedaron mudos, sin decir nada, incluso algunos que antes del incidente me habían palmoteado la espalda, diciéndome, muy bueno tu libro, Pedro. Leemos tus crónicas en el *Clinic* (*Adiós* 57).

El interés de este trabajo, sin embargo, es otro. En las siguientes páginas, acometeré un sucinto estudio de dos tipos diferentes de memoria presentes en la crónica de Pedro Lemebel. El primero de ellos, generador de un tipo especial de inscripción del poder sobre los cuerpos gracias a la mediación tecnológica y a los principios de actuación de los gobiernos democráticos neoliberales contemporáneos; el segundo, como respuesta al anterior, fundamentado en la creación de solidaridades y una escritura comprometida con la denuncia de los procesos de individualización de los estados. Asimismo, la presencia y el funcionamiento de esta última memoria en la crónica del autor me permitirá afirmar la existencia de una “ética bruta” que anuncia el punto fuerte de subversión que estos textos apuntan como refugio y trinchera.

Para comenzar, y como es bien sabido, el sistema político y económico neoliberal obstaculiza con frecuencia las posibilidades de desarrollo social y convierte a los seres humanos en productos según su condición y valor dentro del mercado, para lo que se sirve de una lógica individualizadora que neutraliza las fuerzas potenciales de la ciudadanía para armar una respuesta organizada. Aunque la idea de un creciente individualismo en las sociedades posmodernas es una tesis que se ha debatido desde hace más de cuatro décadas de manera ininterrumpida por autores como Gilles Lipovetsky, en realidad, los procesos a los que quiero aludir han sido mejor definidos por pensadores como Zygmunt Bauman, quien afirma que una de las características más determinantes del ciudadano posmoderno es el aumento inasumible de su “responsabilidad individual” como consecuencia de un proceso paulatino de desregulación y privatización de la idea misma de individuo: “Aquello que era considerado un trabajo a ser realizado por la razón humana en tanto atributo y propiedad de la especie humana ha sido fragmentado (“individualizado”), cedido al coraje y la energía individuales y dejado de manos de la administración de los individuos y de sus recursos individualmente administrados” (Bauman 33-34).

En el caso de Chile, y en general, de América Latina, además, existe un factor determinante relacionado con uno de los “mitos de razonamiento” del subcontinente desde finales del siglo XX: “La polarización, la inequidad acentuada y la exclusión serían fenómenos inevitables, y las sociedades latinoamericanas estarían predestinadas a conformarse con un porcentaje de población reducido con todas las posibilidades,

y un gran número con niveles de vida precarios, en pobreza o indigencia” (Kliksberg 60). Lo verdaderamente estremecedor de este pensamiento, sin embargo, está en “la renuncia expresa a la solidaridad. Ella no estaría acorde con los tiempos históricos” (Kliksberg 60).

Ante esta falta insubsanable, asumida por los ciudadanos e irradiada desde el poder a través de los medios de comunicación y de duras políticas de mercado —siguiendo a Bauman, de nuevo, “compartir la dependencia del consumo [...] es la *conditio sine qua non* de toda libertad individual” (90)—, la crónica de Pedro Lemebel apuesta por la utilización de recursos temáticos como el cuerpo sidoso, elemento con el que arma un debate en que la enfermedad se identifica simultáneamente con el neoliberalismo y las víctimas desaparecidas durante la dictadura. Así, en la crónica titulada “Y ahora las luces (Spot: Ponteló-ponseló. Ponte-ponte-ponseló)”, Lemebel concibe dos formas de generar discursos sobre el sida: una de ellas, que podría denominarse consumista o mediática, se relaciona con las campañas televisivas, las rifas y el apoyo de grandes estrellas del cine, la música o el deporte. Una vía peligrosa porque puede generar efectos adversos debido a los términos en los que la prevención de prácticas sexuales se articula en la publicidad:

Pareciera incentivar la enfermedad con su pornografía visual, con sus folletos, sus cartillas y afiches que lucen fotografías de cuerpos sublimes que hipnotizan con su “bella publicidad” [...]. En fin, son verdaderas clases porno que se usan para hacer más atractiva la prevención, pero terminan invirtiendo el objetivo. “Si me encuentro en la calle con este dios que aparece en la foto, ni me pregunten por el condón” (*Loco* 66).

La segunda vía temática, de interés para este trabajo y en relación con la hipótesis que aquí mantengo, procura la generación de una comunidad micropolítica: “también sobreviven pequeños esfuerzos, cadenas de solidaridad y colectas chaucha a chaucha que algunos homosexuales organizan para paliar el flagelo. [...] Se traducen en un mano a mano que hermana, que ayuda a parchar con nuestras propias hilachas la rajadura del dolor” (*Loco* 66). Por consiguiente, una de las primeras apuestas para sobreponerse a esta “renuncia” a la solidaridad en la crónica de Lemebel proviene del acto de apropiación del mismo campo que genera las condiciones que se lamentan. El mandato comunitario de este texto contradice la lógica individualizadora, no solo de la sociedad, sino también de la ciencia médica, aspecto tratado con profundidad por el filósofo francés David Le Breton en *Antropología del dolor* (1995), donde afirma: “el sentimiento comunitario está asunte. [...] Cada cual combate sólo para curarse, con sus creencias y esperanzas particulares. Acción de individuos, es decir de “yo, mi” antes que de “nosotros, nuestros”, que los procedimientos médicos refuerzan” (79).

Ahora bien, para analizar con mayor detalle la crónica de Pedro Lemebel es necesario definir el modo en que se produce esta transición de la dictadura a la democracia neoliberal en el arte. Como apunta Francine Masiello, la característica esencial

de este desarrollo es el mantenimiento de una tensión irresoluble entre un deseo de modernidad y la sublimación de algunos procedimientos típicamente posmodernos como el pastiche. De este modo, el arte de la transición se enfrenta a las contradicciones del sistema neoliberal y rompe con su apariencia de “fluir comfortable” y su venta de la diferencia (el cuerpo sidoso, homosexual, etc.) que se desentiende, en realidad, de los modos de experimentación de esa misma diferencia que presume atender (16). Fruto de esta tensión, surge el interés de Pedro Lemebel por la figura de la loca, unida al melodrama, pues constata la existencia de narraciones intermediales que hablan de otra modernidad, lejos de las identidades tradicionales generadas en su seno. Es entonces cuando el cronista señala “el paso de una modernidad construida y asegurada por el Estado a una modernidad regida por el propio sujeto” (Llanos 86). Debido a estas relaciones entre modernidad y posmodernidad, el género de la crónica resulta un vehículo óptimo y privilegiado para narrar la historia. Un relato fragmentario, incompleto, fracturado, y un modelo que ya no tiene que ver con la razón moderna de la historiografía que confía en su método e ignora que el lenguaje es una tecnología capaz de manipular toda narración (Moure 127).

A partir de estos planteamientos iniciales, este trabajo tiene el doble objetivo de abordar el estudio de uno de los mecanismos constitutivos de los procesos de individualización del Estado —una memoria sofisticada gracias a la mediación de los avances técnicos— y algunas de las circunstancias de conformación de redes micropolíticas, en estrecha relación con una memoria melodramática que permite subvertir la lógica neoliberal. En especial, se observarán con detenimiento los fenómenos de promoción de la diferencia y el desentendimiento de su experiencia por parte del Estado y, después, la politización de la experiencia de la diferencia en la crónica del autor, acto gracias al que puede hablarse de la construcción de solidaridades, con la memoria como eje vertebrador.

## DEL RÉGIMEN DISCIPLINAR A LAS SOCIEDADES DE CONTROL

Al plantear un estudio de conjunto de las crónicas que se hacen eco de los procesos de individualización del Estado en los términos ya descritos, puede ser apropiado rescatar el concepto de “sociedades de control” tal como fue acuñado por Gilles Deleuze, aunque esto no signifique, en relación con el trabajo de Pedro Lemebel, la inexistencia o baja productividad de aquellos elementos más representativos de las “sociedades disciplinarias” que las anteceden. Así, por ejemplo, la crónica “Anacondas en el parque”, publicada en su primer volumen *La esquina es mi corazón* (1995), manifiesta una conciencia aguda de ambos regímenes en funcionamiento parejo, sin solución de continuidad, como agentes de vigilancia del cuerpo social, aunque el peso de la narración y su eficacia se apoyan prioritariamente en los aparatos de control

del régimen disciplinar, como es el caso de la policía que sorprende en el relato a las parejas o grupos que transan sexo escondidos en los parques públicos (27).

La representación de amplios dispositivos disciplinarios, en rigor, sobrevivirá en los volúmenes posteriores, como sucede en dos de las crónicas publicadas en *Zanjón de la Aguada* (2003). En “La primera comunión (o las blancas azucenas de la culpa)”, el argumento se articula alrededor del mecanismo de la confesión de un niño que escucha con atención el discurso del sacerdote acerca de la responsabilidad individual del pecado. En la segunda crónica, que lleva por título “El primer día de clase (Uf, lunes otra vez)”, Lemebel señala los estragos de las instituciones educativas que persiguen las prácticas de fuga de los jóvenes, insertándoles también en un contexto en el que la desobediencia convierte a estos sujetos en los objetos en movimiento de un circuito de instituciones (reformatorios, cárceles, cuarteles, psiquiátricos) en los que quedan atrapados sin poder oponer resistencia alguna.

Después de estas breves anotaciones, se puede concluir que las sociedades disciplinarias trabajan a partir de la súbita importancia de las diferencias como un modo de hacer más práctico y efectivo el control de los cuerpos en sus dinámicas y comportamientos sociales, pero no, como ya se ha dicho, en reconocimiento y cuidado de la experiencia que comportan. En cambio, la evolución de los mecanismos disciplinarios de vigilancia en las sociedades de control que las suceden y con las que interactúan complejiza y sofisticada las relaciones productivas del poder. Así, en referencia al tratamiento que Pedro Lemebel otorga al sida en toda su producción cronística, Jean Franco afirma que el recuerdo de las víctimas en *Loco afán* se encuentra asociado ya a una sociedad cuyos procedimientos de control son más sutiles que en dictadura, puesto que estos mecanismos son articulados por los mismos sujetos que los padecen (17).

Un ejemplo de esta aparente paradoja radica en el surgimiento de nuevas clases de memoria asociadas con los aparatos de vigilancia en el espacio de la ciudad —y también en la esfera privada—. En la crónica “El Metro de Santiago (o “esa azul radiante rapidez”)” se puede leer: “Tal vez el pasajero que día a día va y viene en la cinta de metal bajo la tierra, no sabe que al comprar el boleto una cámara lo sapea haciendo fila, cruzando la máquina. Una cámara lo sigue bajando la escalera, lo mira sentado esperando el carro en esas estaciones donde no hay nada que mirar” (*De perlas* 187). Un claro juego semántico entre la vigilancia (observación) técnica y la imposición formal de una experimentación de los espacios en ausencia de los sentidos, aspecto significativo de las sociedades posmodernas: “Ya no se atraviesan las ciudades, sino que los puntos notables están señalados en carteles en los que se inscribe un verdadero comentario. El viajero ya no necesita detenerse e inclusive ni mirar” (Augé 100).

Aunque puede parecer un hecho alejado del debate tradicional sobre la producción de Lemebel, el contexto de las sociedades de control descrito en la crónica mantiene vínculos insoslayables con algunas características propias del “Tercer Entorno”, en especial, con el nacimiento de memorias artificiales, también denominadas

“telememorias”. A grandes rasgos, estas se caracterizan, en primera instancia, por ser externas: soportes de almacenamiento, recuperación y gestión. Asimismo, se pueden situar —y es lo deseable— a gran distancia del lugar o la fuente de la que emana la información —no solamente un posible infractor, sino cualquier ciudadano en su práctica cotidiana—; es decir, lejos del sujeto bajo vigilancia que con su tránsito por los espacios genera de forma automática un conjunto de datos exportables y reproducibles infinitamente (Echeverría). Se trata, pues, de un nivel macroscópico que supera las limitaciones del panóptico, dadas la externalización y automatización de la memoria que la mediación tecnológica favorece. Es decir, las crónicas de Lemebel apuntan, en este sentido, lo mismo que Foucault argumentó en el momento de señalar las causas detrás de la aparente benignidad y humanismo de los medios punitivos que favorecieron la desaparición del suplicio: “menos un respeto nuevo a la humanidad [...] que una tendencia a una justicia más sutil y más fina, a una división penal en zonas más estrechas del cuerpo social” (82).

Por consiguiente, la memoria se vuelve fácilmente accesible para quienes ostentan el derecho de conseguir su registro (desde cuerpos policiales y judiciales, hasta usuarios de la red que pueden pagar por descargas o televidentes de canales que acceden a diario desde sus casas). Como testimonio de todo ello, en “La crónica de Selva Ramírez punto com” (*Serenata* 205-208). Lemebel narra la historia de un joven condenado por abuso de menores en Internet. Allí, el lector es testigo de la exposición pública del caso por parte de los medios de comunicación, lo que da lugar a la consolidación de una memoria audiovisual colectiva que, a su vez, ha sido engendrada por una memoria previa de vigilancia ciudadana (en este caso, de la actividad cibernética). Además, se trata de una memoria que, en tanto producto, (se) niega u oculta las fases de su producción, gracias a la inmediatez con la que se originan los registros, que ya no requieren, en tanto narraciones, de grandes relatos mitológicos o legendarios que la sostengan, como en el Primero Entorno, ni escritos o archivados, como es propio del Segundo Entorno (Echeverría).

La caracterización de los elementos asociados con la memoria técnica que he comentado aquí coincide con una de las afirmaciones más interesantes de Gilles Deleuze a propósito de las sociedades de control; en particular, en lo que concierne al paso de la producción como lógica y motor del sistema capitalista a la de producto:

[...] el capitalismo ya no se concentra en la producción [...]. Es un capitalismo de superproducción. Ya no compra materias primas ni vende productos terminados o procede al montaje de piezas sueltas. Lo que intenta vender son servicios, lo que quiere comprar son acciones. No es un capitalismo de producción sino de productos, es decir, de ventas o de mercados (283).

El nuevo capitalismo de productos y, por consiguiente, la importancia de una memoria técnica producida que se ofrece como objeto terminado, fingidamente

ignorante o inconsciente de los procesos que la generan, ayuda incluso a aislar y blindar la dimensión del Tercer Entorno. Desde este planteamiento, cuando en una de las crónicas de *Zanjón de la Aguada* un niño pide en un supermercado que le alcancen una manzana de un estand, Lemebel escribe —por cierto, reflejando las contradicciones entre modernidad y posmodernidad apuntadas en el apartado anterior—:

[...] pienso que estos niños que vienen al mall no saben que las frutas nacen de los árboles, lo mismo que los huevos que los ven en cajas y piensan que no tienen relación con una gallina. Es decir, la tierra, el campo y la naturaleza existe en otro plano, fuera de la ciudad, lejos de los malls y su producción sintética. [...] Otra distorsión de la modernidad, pienso, mientras me sumerjo en las miles de marcas de cereales yanquis que las dueñas de casa llevan a sus niños (*Zanjón* 211).

## ÉTICA EN LA CRÓNICA DE PEDRO LEMEBEL

Frente a la amnesia de la instantaneidad de la captación técnica, irradiada desde el poder neoliberal y generadora de memorias fácilmente localizables en dispositivos de almacenamiento donde el recuerdo —si así puede llamarse— ya no pertenece al sujeto sino al mecanismo de vigilancia que lo registra, la crónica de Pedro Lemebel apuesta por la creación de memorias colectivas que amparan comunidades y solidaridades que desafían el interés de las democracias por implementar políticas de individualización desactivadoras de toda potencia de organización. Uno de los mecanismos predilectos inspeccionados por el autor para generar estas uniones, sin lugar a duda, es el melodrama.

Aunque quizá a estas alturas del desarrollo de la crítica en relación con este fenómeno no es necesario advertirlo, el melodrama es un género susceptible de politizarse. Al volver, una vez más, sobre las tensiones entre el deseo de modernidad y la celebración de algunos recursos posmodernos en el arte de la transición, advertimos cómo la memoria en relación con el melodrama se inserta con facilidad en esta dialéctica irresuelta. Por un lado, algunas crónicas como “Coleópteros en el parabrisas” o “Tu voz existe” explicitan un deseo o proximidad con la lógica de la modernidad a través de recursos temáticos como la fotografía o la presencia significativa de medios de transporte como el autobús —frente a otros más veloces—, o de comunicación como la radio AM.

Por el contrario, otros textos, a pesar de manifestar altas dosis de nostalgia por una memoria totalizadora, revelan una característica fundamental apuntada por Nelly Richard en su canónico trabajo *La insubordinación de los signos*: que el fragmento es el recurso narrativo posmoderno más eficaz para combatir la nostalgia, puesto que esta última dimana del deseo de absolutizar el pasado. De este modo, la siguiente

afirmación que la crítica efectúa sobre la literatura subversiva chilena post-golpe puede aplicarse, sin ambages, a la producción de Lemebel en los sentidos aquí explorados:

[...] tanto el acto de recordar (de practicar la memoria histórica) como el acto de interpretar (de ensayar fórmulas de comprensión de la realidad) implicaban confrontar sucesos y narraciones, para abrir el relato de la experiencia y la experiencia del relato a lecturas discontinuas y multicruzadas que denunciaran la trampa de las racionalizaciones basadas en verdades completas y en razones absolutas. Una precaria narrativa del *residuo* fue capaz de escenificar la descomposición de las perspectivas generales, de las visiones centradas, de los cuadros enteros (Richard 26).

Así pues, aunque como ya se ha dicho, la pulsión de la memoria por la nostalgia de la captación absoluta aparece en más de una ocasión en la obra de Lemebel, es el reconocimiento de su inviabilidad lo que aproxima al autor a la concreción de una propuesta comunitaria como la que deseo explorar aquí. Un ejemplo de ello se aprecia en estas líneas de la crónica “La noche de los visones (o la última fiesta de la Unidad Popular)”, en la que se narra el recuerdo de la celebración de fin de año en diciembre de 1972, evocación surgida a partir de la observación de una fotografía:

Enmarcados en la distancia, sus bocas son risas extinguidas, ecos de gestos congelados por el flash del último brindis. Frases, dichos, muecas y conchazos cuelgan del labio a punto de caer, al punto de soltar la ironía en el veneno de los besos. La foto no es buena, está movida, pero la bruma del desenfoque aleja para siempre la estabilidad del recuerdo (*Loco* 16).

A partir de estos análisis, surge la pregunta por la posibilidad de representar y enfrentar el trauma, cuya respuesta debe considerar la narración como un recurso estratégico para lidiar con la experiencia de la represión y su recuerdo y, al mismo tiempo, cuestionar con seriedad la suposición del discurso alegórico como único lenguaje posible para articular dicho trauma. Así pues, aunque en una crónica como “Los cinco minutos te hacen florecer” —en la que se cuenta la historia del avistamiento de tres cadáveres en la mañana del 12 de septiembre de 1973 en un basural—, sería esperable que el autor se resignara a conceder toda la credibilidad y fuerza del relato a la tradicional unión de alegoría y trauma, no sucede así. La subversión planteada por esta crónica se fundamenta en el hecho de plantear, a partir de la presencia del cadáver, no un proceso de duelo o melancolía, sino una resistencia de tipo político: “Casi podría decir que desde aquel fétido eriazos de mi niñez, sus manos crispadas me saludan con el puño en alto, bajo la luna de negro nácar donde porfiadamente brota su amargo florecer” (*De perlas* 87).

Por consiguiente, para comprender cabalmente la crónica de Pedro Lemebel es imprescindible trabajar con la hipótesis del quiebre de la representación como reformulación de los significados de la experiencia y, por lo tanto, si bien el trauma no puede narrarse a partir de un discurso que recupere la experiencia total del daño, enfrentarse a él conforma el primer paso de un movimiento de renarración (Herlinghaus 2000). Así, por ejemplo, en la crónica “El informe Rettig”, la memoria actúa como antídoto contra la frustración de no poder operar con suficiente efectividad para encontrar a los desaparecidos ni obtener informaciones de quienes los ocultaron. En el fragmento del texto citado a continuación, se puede tentar el carácter de enfrentamiento del trauma y, por ello, de asunción de un proceso de renarración de la experiencia, como acaba de comentarse:

Nos gusta saber que cada noche los exhumaremos de ese pantano sin dirección, ni número, ni sur, ni nombre. No podría ser de otra manera, no podríamos vivir sin tocar en cada sueño la seda escarchada de sus cejas. No podríamos mirar de frente si dejamos evaporar el perfume sangrado de su aliento. Por eso es que aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos. Los llevamos a todas partes como un cálido sol de sombra en el corazón. Ellos son invitados de honor en nuestra mesa, y con nosotros ríen y con nosotros cantan y bailan y comen y ven la tele. Y también apuntan a los culpables cuando aparecen en la pantalla hablando de amnistía y reconciliación (*De perlas* 103).

En rigor, el proceso de renarración de la experiencia de la diferencia es una de las características más sobresalientes de la “escena crítica” de la década de los noventa del siglo XX. Por entonces, afirma Herlinghaus, se recupera en el discurso literario e intelectual una confianza en las posibilidades de la palabra que hace aflorar un conjunto de obras que no apuestan por las confluencias sino por hacer explícitas las tensiones entre el discurso histórico y las pequeñas historias micropolíticas, tal como se expresó en el modelo de transición al que se aludió con anterioridad (*Renarración* 144-145; 165-166). La memoria melodramática, entonces, frente a la memoria de las sociedades de control, construye nuevas solidaridades y permite replantear la democracia como un sistema cuyos “principios deben extenderse a ámbitos que el liberalismo excluye” (Ribeiro 123). Uno de estos ámbitos, como cabría sospechar, es el de las redes de apoyo mutuo, cuyo propósito se orienta hacia la configuración de un “régimen del afecto” encarnado en los sujetos del espacio social (Ribeiro 123).

Podría discutirse largamente qué clase de comunidad se forma al calor de la representación de los contactos que los distintos personajes mantienen en las muy diversas crónicas de Pedro Lemebel, para lo que sería indispensable abordar los textos con la esperanza de encontrar referencias a la fortaleza y duración de los lazos que la constituyen. Sin embargo, creo que esta discusión es de menor interés si se tiene en cuenta que, al plantear la posibilidad micropolítica de la memoria como brazo

articulador de un ámbito comunitario, se insinúa la presencia de una dimensión ética de la obra cuya dilucidación iluminaría mejor el proyecto literario del autor. Así pues, con el objetivo de concretar esta última afirmación, es necesario volver a restablecer el debate sobre los procesos de individualización y las posibles respuestas que se producen en el contexto de las sociedades posmodernas, categoría que no excluye, claro está, a la sociedad chilena.

En primer lugar, conviene partir de un hecho evidente para la sociología de las últimas décadas, esto es, que la densificación de los vínculos sociales o cualquier nexo o reapropiación del territorio —cabría decir, del espacio público— es considerada por el poder global como una barrera que debe eliminarse; es decir, “el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar” (Bauman 20). De este modo, ante la pregunta por la posibilidad de reagrupación activa de las fuerzas individuales, la sociología ha respondido con frecuencia que “esa convergencia y esa condensación de preocupaciones individuales en forma de intereses comunes y luego en forma de acción conjunta son una tarea titánica, ya que los problemas más comunes [...] *no son aditivos*. No se dejan “sumar” en una “causa común”. Se pueden juntar, pero no cuajarán” (Bauman 40).

Sin embargo, sorprende que estas mismas voces no hayan dejado pasar la oportunidad de explicitar que este “abismo” del vínculo social lo “deberemos aprender a enfrentar colectivamente” (Bauman 43). Desde este planteamiento, en lo que respecta a la representación de vínculos sociales debilitados por la intervención constante del poder global —singularizado, entre otros aspectos, por sofisticadas memorias técnicas de vigilancia—, ¿es legítimo pensar la crónica de Lemebel como una propuesta de re-inauguración colectiva de estos mismos lazos a través de una memoria —no solamente, pero sí en muchas ocasiones— asociada al melodrama? Es más, ¿cabría denominar “ético” este trabajo?

Un artículo de Andrea Ostrov sobre el volumen *De perlas y cicatrices* (1998), al menos, así lo confirma. En su ensayo, la investigadora acuña el concepto “ética de la memoria” para señalar la incomodidad —y el consecuente acto de pronunciarse— que las crónicas de Lemebel experimentan frente a “una forzada reconciliación social mediante la promoción del olvido y la ideología del consumo” (134). A través de muy diversas estrategias y técnicas narrativas que analiza con detalle, Ostrov concluye que esta ética hace posible la revelación de “la reposición de continuidades, complicidades y persistencias normalmente silenciadas” (146). A partir de estas reflexiones, deseo abordar una clase distinta de ética que la obra de Lemebel asume como principio de organización de una respuesta eficaz ante la incomodidad aludida.

Para ofrecer esta guía de lectura, me basaré en las aportaciones del sociólogo francés Michel Maffesoli, quien ha estudiado durante décadas la relación entre las prácticas cotidianas en las sociedades posmodernas y la posibilidad de pensar conjuntamente la

ética y la estética de estos fenómenos, proyecto precisado con especial minuciosidad en su ensayo *En el crisol de las apariencias* (1990). La hipótesis general del libro, en disenso con las voces mayoritarias que apuestan por el aumento sin precedentes del individualismo, afirma que “el vínculo social se vuelve emocional. De esta manera se elabora una manera de ser (*ethos*) en la que lo primordial será lo que se experimenta con el otro” (11). Es decir, se trata de una ética cimentada sobre el “retorno de lo sensible” como resultado e indicio, al mismo tiempo, de la crisis de la lógica racional de la modernidad. Así pues, el factor predominante de estas sociedades es el deseo de vivir en común a partir de un amplio número de prácticas donde la primacía la ostentan el placer, la emoción y la festividad orgánicamente experimentados en compañía del otro.

Sobre esta hipótesis, la memoria juega un papel determinante en lo que respecta al uso colectivo del espacio como dimensión más representativa de la posmodernidad, según el autor, frente a la predominancia moderna del tiempo:

[...] espacio vivido en común, el espacio donde circulan las emociones, los afectos y los símbolos, el espacio donde se inscribe la memoria colectiva, el espacio, en fin, que permite la identificación. De esta manera, al participar con otros en la totalidad circundante me convierto en una cosa entre otras, en un *objeto subjetivo*. [...] Todo esto no deja de inducir una forma de solidaridad específica: ya no es en el desarrollo histórico donde se moldea el *ethos* posmoderno, sino en la naturaleza reapropiada, en el espacio compartido, en la participación colectiva en el mundo de los objetos (213).

## LA CRÓNICA DE PEDRO LEMEBEL COMO “CAPTACIÓN BRUTA”

A partir de este fragmento, considero esencial retomar de nuevo la noción de experiencia, esta vez en relación con el acto de habitar comunitario cuya fortaleza se ha descartado discutir aquí en favor de la consolidación de la hipótesis de lectura de las crónicas de Pedro Lemebel como textos para “enfrentar colectivamente”, como pedía Bauman, la “precariedad de los vínculos”. Es posible que el trabajo del autor chileno proponga agenciamientos y lazos muy sutiles, incluso frágiles, pero su fuerza reside en última instancia en la alta probabilidad de mutación hacia nuevas formas cuyo dinamismo es su característica más valiosa para impedir la captura de los aparatos del estado neoliberal.

No es de extrañar, por tanto, que sus textos contrarresten la dicción saturada de imágenes de los medios de comunicación y los procesos de individualización valiéndose de una lengua barroca que “permite que las formas de control sobre la información se adelgacen hasta la precariedad” (Blanco 20). En última instancia, esta lengua barroca puede comprenderse como una de las muchas estrategias posibles en el contexto de lo que Florencia Garramuño ha denominado “experiencia opaca” en

su libro homónimo. Para esta investigadora, una nueva concepción del arte, crítica con la separación tradicional entre literatura y experiencia, se aventuró a borrar en la década de los años ochenta las fronteras que habían mantenido alejadas, en esferas autónomas, arte y vida. A partir de entonces, la obra de arte empieza a considerarse

como archivo de un exterior que no permanecería salvo ni íntegro en la obra, sino apenas en guiñapos, en tanto restos de lo real. Rescaldos de una existencia inabarcable y esquiva, tanto en la escritura como en su propia vivencia, la literatura como *resto de lo real* ya no se distinguiría de lo real porque en ambos espacios reina una indiscernibilidad de lo real y de lo imaginario que no busca ser escamoteada (24).

Esta “indiscernibilidad”, que obliga al escritor a aceptar la incapacidad de representar la totalidad de la experiencia —aspecto ya mencionado en los apartados previos—, explica la introducción de lo marginal —es decir, de todos aquellos elementos relacionados con el “retorno de lo sensible” excluidos de la lógica racional de la modernidad— como material privilegiado en el texto. La experiencia, pues, se interpreta ahora como el conjunto de una serie mínima de nociones de la realidad que señala, aun de modo precario, “no tanto una pobreza de experiencia sino la emergencia de otras formas de experiencia, dramáticamente intensas pero, sin duda, no relacionadas de manera necesaria con una decantación del saber y una narración lineal, completa y totalizadora” (Garramuño 35).

En este sentido, Garramuño habla de “captación bruta” para referirse a la confusión que impide concretar lo real y lo ficcional, muy especialmente en el campo de las experimentaciones corporales. Así pues, el conjunto de relaciones y solidaridades que los cuerpos ejercitan en la crónica del autor chileno es el rasgo más evidente del vínculo que se establece aquí entre arte y vida, literatura y experiencia, junto con la ya mencionada dicción barroca del texto, pues todos estos elementos señalan simultáneamente indiscernibilidad y referencialidad sin ofrecer una solución precisa de sus límites.

Uno de los mejores ejemplos para demostrar esta afirmación se encuentra en la crónica del desastre de la discoteca Divine de Valparaíso el 4 de septiembre de 1993. En claro enfrentamiento con la versión oficial de la policía (eje de los regímenes disciplinarios) y de la prensa y la televisión (al servicio de las sociedades de control y sus sofisticados aparatos de vigilancia y creación de memorias técnicas que almacenan el tránsito ciudadano por los espacios sociales), Lemebel rescata, en la comunión de los cuerpos homosexuales resistentes al poder neoliberal y los desaparecidos entre las llamas de la discoteca, el valor más importante de la experiencia del trauma: su proyección hacia el futuro, su empeño en formar parte de un movimiento de reconstitución narrativa, de renarración: “aunque la policía asegura que todo fue por un cortocircuito eléctrico, la música y las luces nunca se apagaron” (*La esquina* 123).

Esta crónica, entre muchas otras, contiene y representa el valor ético de la experiencia sensible comunitaria que puede hallarse en la totalidad de la producción artística de Pedro Lemebel. Por consiguiente, no parece descabellado transponer una cita sobre las sociedades posmodernas a los textos del autor para afirmar, a estas alturas ya sin riesgo alguno, que sus crónicas “subrayan la primacía de la experiencia vivida, la de un espíritu que se materializa en una serie de pequeños espacios colectivamente apropiados. [...] De ahí la búsqueda del arraigo que [...] caracteriza al deseo de la proxemia específica de nuestro tiempo” (Maffesoli 74). Propongo denominar “ética bruta” a este gesto político y sensible. A partir de ella, los cuerpos, en sus agenciamientos micropolíticos, entre la ausencia física y la presencia fantasmática, en la frontera de indiscernibilidad, articulan solidaridades como trincheras en la que el melodrama de la tragedia que se enuncia con música de baile y luces de neón acomuna todos los cuerpos, vivos y muertos, en su experiencia potencial de suscitar la chispa de cualquier revolución.

## CONCLUSIÓN

Es trabajo concluye aquí con la esperanza de haber señalado algunas de las líneas fundamentales de la crónica de Pedro Lemebel en relación con la existencia de múltiples memorias vinculadas no solo con las continuidades entre períodos históricos marcados por una particular forma de producir sujetos a través de sistemas que aumentan la eficiencia técnica del control sobre amplios grupos de población, sino también con la gestión del trauma de estos mismos procesos y la posibilidad de encontrar un modo de resistencia y enfrentamiento colectivos del presente.

Estos cuestionamientos son enunciados en los textos del autor chileno a través de una amplia batería de herramientas de contención, entre las que el melodrama y la literatura como “resto de lo real” son ejemplos de enorme efectividad crítica. A su vez, ellos plantean una ética particular de vidas y experiencias que las crónicas capturan, haciendo indistinguibles y codependientes realidad y ficción, y proponiendo un nuevo modo de restablecer los vínculos sociales quebrados por la experiencia del trauma de la dictadura militar y de los tiempos posmodernos. He denominado este proyecto “ética bruta” con el objetivo de suscitar más y mejores análisis de los posicionamientos éticos y estéticos que la literatura de Lemebel articula y en los que reside, en buena medida, la supervivencia potencial de “tantos niños que van a nacer / Con una alíta rota” (*Loco afán* 83-90) y, sin embargo, juntos, en la proximidad sensible.

## BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Trad. Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Trad. Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide Squirru. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Blanco, Fernando. “Comunicación política y memoria en la escritura de Pedro Lemebel”. *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*. Santiago: LOM Ediciones, 2004: 27-71.
- Breton, André. *Antropología del dolor*. Trad. Daniel Alcoba. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- Deleuze, Gilles. “Post-scriptum sobre las sociedades de control”. *Conversaciones, 1972-1990*. Trad. José Luis Pardo. Valencia: Pre-Textos, 2006: 277-286.
- Echeverría, Javier. *Los señores del aire. Telépolis y el Tercer Entorno*. Barcelona: Destino, 1999.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Franco, Jean. “Encajes de acero: la libertad bajo vigilancia”. *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*. Ed. Fernando A. Blanco. Santiago: LOM Ediciones, 2004: 11-23.
- Garramuño, Florencia. *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Herlinghaus, Hermann. *Modernidad heterogénea. Descentramientos hermenéuticos desde la comunicación en América Latina*. Caracas: Centro de Investigaciones Post-Doctorales, 2000.
- \_\_\_\_\_. *Renarración y descentramiento. Mapas alternativos de la imaginación en América Latina*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2004.
- Kliksberg, Bernardo. “¿Cómo enfrentar los déficits sociales de América Latina? Acerca de mitos, ideas renovadoras y el papel de la cultura”. *Una cultura para la democracia en América Latina*. Comps. Saúl Sosnowski y Roxana Patiño. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1999: 44-68.
- Lemebel, Pedro. *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*. Santiago: LOM Ediciones, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago: LOM Ediciones, 1997.
- \_\_\_\_\_. *Adiós mariquita linda*. Barcelona: Mondadori, 2006.
- \_\_\_\_\_. *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago: Seix Barral, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Serenata cafiola*. Santiago: Seix Barral, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Zanjón de la Aguada*. Santiago: Seix Barral, 2008.
- Llanos, Bernardita. “Masculinidad, Estado y violencia en la ciudad neoliberal”. *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*. Ed. Fernando A. Blanco. Santiago: LOM Ediciones, 2004: 75-113.

- Maffesoli, Michel. *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*. Trad. Daniel Gutiérrez Martínez. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- Masiello, Francine. *El arte de la transición*. Buenos Aires: Norma, 2001.
- Moure, Clelia. “Retazos de la historia. Acerca de las crónicas de Pedro Lemebel”. *Literatura y (pos)modernidad. Teorías y lecturas críticas*. Ed. Cristina Piña. Buenos Aires: Biblos, 2008: 121-148.
- Ostrov, Andre. “Intervenciones en el campo de la memoria. De perlas y cicatrices de Pedro Lemebel”. *Anales de Literatura Chilena*, 19 (2018): 133-147.
- Richard, Nelly. *La insubordinación de los signos. (Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*. Santiago: Cuarto Propio, 1994.
- Vergini, Ludmila Sol. “Cicatrices y tormentas: el pasado en cuestión. Memoria post-dictatorial en *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño y en crónicas de Pedro Lemebel”. *Confluenze. Rivista di Studi Iberoamericani*, 5.1. (2013): 121-135.